



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE NOVIEMBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Sueños sin cancelar

LA CONVERSACIÓN DE LAS NUBES
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

James se graduó con honores, en composición, de la Escuela Juilliard de Nueva York. Pensó que, en diez años, su música estaría siendo interpretada por las mejores orquestas del mundo. Probablemente tendría un estudio con una ventana mirando al bosque, donde él compondría de tiempo completo: música para orquesta, para grupos de cámara, para películas, usando la computadora, para ensambles pequeños de cuerdas y alientos e incluso, quizás, "jingles" caros para comerciales de Coca-Cola y Apple, o para videojuegos. Probablemente, para entonces, habría entablado amistad con los directores de orquesta más importantes del mundo, escribiría sinfonías para la Filarmónica de Berlín, óperas para el Metropolitano de Nueva York, sería cercano a solistas como Maxim Vengerov y Joshua Bell y estaría componiendo conciertos para Mitsuko Uchida, Martha Argerich y sus descendencias. El número de obras que le solicitarían bajo comisión no le dejaría tiempo para pasear los fines de semana, pero sí para viajar alrededor del mundo escuchando los estrenos musicales de su obra.

Pero al concluir sus estudios en Juilliard, lo que apareció fue la pandemia de Covid-19. No hubo plazas que se abrieran para enseñar en escuelas de renombre. Esperó seis meses hasta que se vio obligado a aceptar una posición en un bachillerato de New Hampshire donde no le quedó más que adaptar los cursos y la enseñanza de música para ensambles a clases por Zoom, de manera no presencial. Decenas de orquestas cerraron, algunas despidieron a la mitad de su staff y los recontrataron de manera parcial, y la mayoría redujo los salarios de los músicos y los presupuestos para la comisión de obras nuevas. El tiempo que James dedicaba a preparar materiales para sus clases era el doble de lo que hubiera necesitado en modalidad presencial. Había adivinado: no tenía tiempo para sí durante los fines de semana, pero no era por la cantidad de música que tuviera que componer, sino por el trabajo que le encorvaba diariamente doblándole el lomo.

Su obra iba y venía por las orquestas sin una respuesta afirmativa o sin una fecha para presentarse. Las agrupaciones seguían recibiendo partituras de los alumnos más sobresalientes del mundo que seguían graduándose de las universidades. Mientras tanto, la obra de James iba quedándose al fondo de la pila de partituras que llegaban a las orquestas.

Las compañías productoras de música para comerciales se aferraron a sus compositores de siempre. La caída en la actividad económica mundial redujo el gasto de las empresas para comerciales de televisión. Amazon creció como fruto enfermo en primavera, dejando atrás a las cadenas comerciales de siempre sin necesitar de música alguna para sus ventas. La inflación impactó el rendimiento obtenido por ahorradores y trajo consigo una caída en el poder adquisitivo de los consumidores. La mercadotecnia de Facebook demostró ser un fiasco. Si había algún futuro, éste parecía estar en



Marte o en alguna otra charlatanería. ¿Los marcianos demandarían orquestas y música de concierto?

Para cuando la pandemia se declaró asunto superado y las orquestas reiniciaron conciertos, las pilas de partituras en las orquestas, para revisión, se habían acumulado lo suficiente como para no recibir la atención debida. Se eligieron al azar las obras para estreno. James continuó su búsqueda de un mejor empleo, pero las universidades estaban interesadas en los candidatos más recientes, no en aquellos graduados dos años antes.

Las perspectivas de James se apagarán como tizones empapados por la lluvia. "Todo está en la mente", le escribió una amiga, "concentrate en lo tuyo; lo que no está adentro de ti, es una ilusión". Con el advenimiento de las clases presenciales, James finalmente tuvo tiempo para seguir componiendo. Terminaba clases y arribaba a casa a las siete de la tarde. Se dedicaba a sus propias partituras hasta las once de la noche. El día concluía y la hazaña de la enseñanza para jóvenes escépticos sobre el valor de la música iniciaba a las siete en punto de la mañana. James comenzó a esperar sin esperar que algo llegara. Dejó que el pulso del tiempo de la vida corriera su camino. De pronto, la vida le regalaba un "acelerando"; otras veces, un "ritardando". Pero algunas cuantas cosas de las que se había prometido a él mismo, efectivamente iban arribando. Música sin precedentes... a la que solo él estaba atento. Rugidos de un tigre que, enjaulado, brama para calmar su propio dolor. La expresión de un arco del mismo color de la sangre del fuego, cruzando el firmamento. Troncos quietos que soportan las peores tempestades.

Diez años después, James no era la figura musical que había soñado. Pero, si era él mismo y sin pretensiones. Un adul-

to que iba dejando una obra que, sin poder decirlo con certeza, bien terminaría en el absoluto anonimato de la historia... o que: quizás un día sería valorada por la brillantez de su propio trueno: el de las voces sumergidas entre las profundas conversaciones de las nubes.

HORADANDO LA SENDA DE LA VIDA
OLGA DE LEÓN G.

El piano sonaba como desafinado, y no lo estaba. Era que Patricia estaba practicando las lecciones 6 y 7 del método Beyer que la maestra le había encargado preparara muy bien, para la siguiente semana. La jovencita se esforzaba, más que por ella misma, por su padre. Fue él quien desde pequeña le inculcó la idea y el amor por la música clásica: la llevaba a conciertos; y en casa se escuchaba mucha música clásica, piezas de Beethoven, Liszt, Chopin, Tchaikovski, Bach y más...

Cada fin de semana el padre le hablaba de que en cuanto creciera un poco más y le pudiera comprar un piano, la pondría a estudiar. Él, en su arraigada ilusión y su amor por la música y el piano, soñaba con el día en que estaría toda la familia sentada en alguna de las primeras filas del teatro, escuchando las interpretaciones y magníficas ejecuciones al piano, de su primogénita, Patricia.

La niña ya casi adolescente, un día, optó por desilusionar a su padre: no seguiría con las clases de piano. También ella se había soñado muchas veces tocando con virtuosismo las piezas que tanto le gustaba escuchar en el tocadiscos de la casa. Amaba esa música selecta. Había leído las biografías de por lo menos cinco o seis de los grandes compositores... y se enamoró de dos o tres de ellos.

Su padre entendió, había visto que la niña primero, y luego la adolescente, no tenía aptitudes especiales para

el piano. Sí, en cambio, para la escritura creativa, la lectura de libros sobre Literatura, Ciencia ficción, Historia, Divulgación científica... y, sobre todo ello, tenía una increíble capacidad para la inventiva oral o escrita de historias y relatos fantásticos o reales. La veía rodeada de niños, contándole algo que ella inventaba o leyéndoles algún cuento clásico: y la escuchaban embelesados.

Así fue como a partir de los trece años comenzaron sus elevaciones del suelo y de la realidad: de día leía y escribía; de noche viajaba a las nubes, se transportaba su espíritu hasta ellas viajando con el viento, y se llenaba su mente y su pecho de hermosas ilusiones. Desde entonces, tuvo un gran secreto que a nadie le relevaba, pues temía que contándolo nunca se volvería real. Y la sola idea de que eso pasara, la hundía en una fuerte desolación.

No soñaba con ganar el Nobel de Literatura, ni el Pulitzer, o el Cervantes ni el Rulfo o el Javier Villaurrutia en Poesía, que por esos tiempos y en la tierra que vivía, no eran muy conocidos... No entre los menores, y eso era ella. No, además, Patricia no les ponía un nombre a sus reconocimientos. Pero en el fondo de su tierno corazón, si esperaba que algún día las obras que publicaría fueran conocidas y leídas por muchos. Y que quisieran conocerla los que no supieran quién era Martha Patricia Alonso de la Barca.

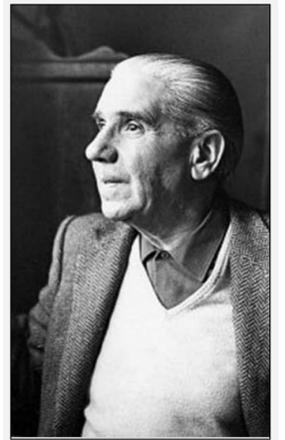
Sus tristezas por lo que aún no sucedía, eran nada junto a lo que la esperaba por vivir. Jamás pudo imaginar, lo que el destino le tenía deparado.

Al piano lo siguió acariciando -o arañándolo-, todavía después de casada y ya teniendo a sus hijos. A veces le arrancaba casi completa la Für Elise de Beethoven, un poco el Claro de Luna ¿el de Chopin o sería de Beethoven? Y algunas canciones románticas, como "Júrame". Había olvidado tanto, casi todo... Menos sus sueños inscritos entre las nubes. A donde subía de cuando en cuando, para sentirse viva, porque la tristeza y el desamparo que cayó sobre su familia contando ella, la mayor, con apenas veintidós años enraizaron fuertemente.

Durante muchos años, los sueños no existieron, tan solo una realidad apremiante. De pronto, la vida le abrió una ventanita: publicaría en un periódico de su localidad. Le gustaban los cuentos, pero también las reflexiones filosóficas y los ensayos... y el relato, y la fábula. Y, volvió a sonreír, a ser feliz en medio de todas las vicisitudes y las piedras de que estaba sembrado su camino.

Un día no muy lejano, cerca de Comala o del camino a Luvina, empezaría a preparar tierra fértil para sembrar jazmines y rosales, se dijo. "Qué importa si un premio Cervantes, Villaurrutia o Rulfo, y menos un Pulitzer o el Nobel de literatura, nunca toca a mi puerta". "Tampoco aspiro a plantar geranios en las nubes; aunque, podrían dárseme. Tengo buena mano con lo que siembro, eso: lo sé", concluyó.

Mientras, seguiré sentada en el primer escalón a la entrada de mi casa, a punto de salir al mundo para seguir caminando: horadando la senda de la vida.



Antonio Porchia

Antonio Porchia nació en Italia en 1886, pero residió desde muy joven en Argentina, hasta el día de su muerte en 1968. A principios de los cuarenta Porchia publicó en Argentina la reunión de sus Voces, en edición de autor. Luego, Roger Caillois tradujo este libro al francés en 1949. Asimismo en Estados Unidos, W.S. Merwin tradujo y publicó en 1969 una selección de esos poemas y la intituló Volees.

Ajeno a las cortes literarias, a los elogios y los ataques, a envidias y resentimientos, escribía Porchia, en cuaderno de colegial, sus aforismos. Grata lección de una poesía que al propio poeta le sirve para limpiarse los ojos. Cuando Antonio Porchia afirmó que escribía para sí, simplemente era que se dejaba tomar por la palabra.

Hacer aforismos, o leerlos, quizá sea una de las formas más auténticas y profundas del diálogo con uno mismo; un diálogo crítico, despiadado, irónico, autoparódico.

El aforismo (al margen de lo que dice el diccionario: "sentencia breve y doctrinal que se propone como máxima") busca la contradicción en nuestra propia forma de comprender el mundo; ayuda al escritor (y al lector) a mantenerse con los ojos abiertos.

En ninguna otra forma poética el discurso del silencio posee tanta energía como en el aforismo. La lucidez acaso consista en iluminar zonas inéditas del pensamiento, negando, dudando, descubriendo, y no en un filosofar metodológico. Tal vez sea viajar a fondo en el pensamiento, descorriendo velos que nos ocultan los otros mundos que tiene este mundo: vigilar ante las aseanías que representa la vida.

En el aforismo se unen pensamiento y sentimiento, representados por esa palabra castellana que le gusta tanto utilizar a Roger Munier (otro maestro del aforismo) cuando explica esta fusión: co-razón.

La crítica europea, a fines de la década de los cuarenta, afirmaba la presencia de un poeta deslumbrante. Rubén Vela nos dice: "Antonio Porchia jamás quiso darse por enterado de la fama que le llegaba desde Europa. Siguió siendo un hombre sencillo, trabajando con la pala en su huerto o en la profesión de albañil que tanto amaba". En su libro Entretiens 1913-1952, André Breton declara: "Debo decir que el pensamiento más dúctil de expresión española es, para mí, el de Antonio Porchia, argentino".

Elmer Mendoza

México es un perpetuo sobresalto

México es un perpetuo sobresalto, señala Arturo Pérez-Reverte en su novela más reciente, Revolución, publicada por Alfaguara del grupo Penguin Random House, en octubre de 2022, en España, México y otros países latinoamericanos. Como seguramente están suponiendo, el tema es la Revolución Mexicana y dentro de los personajes importantes están nada menos que Pancho Villa, Genovevo Garza, Francisco I. Madero, uno de sus hermanos, Maclovio Ángeles, Yunuen Laredo, Jacinto Córdoba y el joven ingeniero en minas Martín Garret Ortiz, que se ve involucrado debido a sus conocimientos en explosivos, posteriormente por curiosidad y al final ustedes verán por qué. "Hay cosas que los hombres que se visten por los pies deben resolver como es debido", le subrayan en algún momento, y ya verán cómo se las gasta este español que le gustaba México.

La novela empieza en Ciudad Juárez, cuando se convierte en el centro de la lucha entre la gente de Madero y la del gobierno. Garret, que trabaja en una de las minas de la región, sale de su hotel al escuchar la balacera. Se refugia en una cantina donde conoce a Genovevo Garza, que al saber su profesión, se lo lleva para

un trabajito con dinamita.

Con el espíritu narrativo que lo caracteriza, es decir, una escritura cuidada en extremo, Arturo Pérez-Reverte, nacido en Cartagena España en 1951, desarrolla capítulos de acción intensa con momentos de calma donde los líderes intentan tomar decisiones políticas que los que están en el frente no entienden muy bien. En esta parte aparece el apache Sarmiento, que mira a Martín Garret con desconfianza y que hará crecer una enemistad entre ellos que ni Villa podrá evitar.

El triunfo de la Revolución lleva a Martín a la Ciudad de México, donde topa con la gente fina de la ciudad, que se reúnen en Sanborns o en el Jockey Club; allí conoce al socio mexicano de la mina donde trabaja, a Jacinto Córdoba y a Yunuen Laredo, que le sacudirá el corazón y dos o tres sentimientos de los hacen que la humanidad mezcle su genética y como saben, "quien tiene cola de zacate no debe jugar con lumbre".

El estilo con que el novelista nos cuenta la historia es abrasador, emocionante, comprometedor. Pérez-Reverte es un maestro en la creación de atmósferas de tensión narrativa; por eso sus novelas



se leen rápido y son una auténtica fiesta para cualquier espíritu que ame la innovación. Pueden decir, Arturo es una fiesta y conseguirán que Hemingway sonría y se eche un trago a su salud. No quiero dejar fuera la capacidad que el autor ha desarrollado en el uso del lenguaje mexicano. Encontrarán expresiones como, "ya se hizo el chilorio", "como dijo un marinero, más vale que zozobre a que zofalte", "las balas tienen ideas propias", "cada gallo picotea su mais", "lo vas a dejar más cadáver que el gusanito del mezcál", "ese día van a sobrar sombreros"; y como siempre, no me gusta tocar su privilegio de descubrir este uni-

verso lingüístico que resulta realmente muy atractivo y no queda otra que reconocer la capacidad del autor de aproximarse, de esta manera tan íntima, a nuestra manera de ser mexicanos, esa que se apoya en nuestra identidad lingüística.

Entonces, aparte de que podrán disfrutar una excelente novela sobre la Revolución Mexicana y algunos de los nombres que nos quedaron de ese movimiento, podrán seguir una historia llena de acción, olor a pólvora, y en algunas páginas aroma a perfume fino y un rostro muy especial que provoca que el protagonista se enrede en su propia sombra. Ya me contarán.

ad pédem literae

La esperanza es el único bien común a todos los hombres; los que todo lo han perdido la poseen aún.

Tales de Mileto

Letras de buen humor

La cosa más difícil es conocernos a nosotros mismos; la más fácil es hablar mal de los demás. hablar mal

Tales de Mileto Cicerón